

NATURALEZA, SOCIEDAD* Y ECONOMÍA

Valentín Andrés Álvarez

Discurso de recepción del académico electo

Señores académicos:

Al elegirme para compartir las tareas de esta Corporación estimo la magnitud del honor que me habéis otorgado al considerar que esta Academia ha reunido en el pasado y reúne en el presente a muchos españoles ilustres que han tenido en sus manos los destinos de la nación y en sus mentes las ideas que la han inspirado. Hombres que modelaron el último período de nuestra Historia han ocupado estos sillones. Si hay otra Academia, la de la Historia, donde se reúnen quienes la escriben, ésta ha reunido a los que la hacen. Por esto, señores, he de declarar que el honor de entrar en esta casa excede tanto de mis escasos méritos, que ingreso en vuestra Sociedad aportando solo un gran pasivo, una gran deuda de gratitud.

Y en la misma situación que ante vosotros, estoy ante este sillón que me habéis conferido. A don José Manuel Pedregal, mi antecesor, le conocí en mi primera juventud como político; más tarde lo estimé como amigo y consejero; finalmente, habiendo ingresado en su familia, pude conocerle como hombre. Destaco estos hechos para dar la medida de la emoción que tiene para mí este momento donde culmina mi acercamiento a aquel hombre al ocupar el mismo puesto suyo, al llenar con el resto de mi propia vida el vacío que aquí dejó su muerte. Pero pienso, señores académicos, en la gran dificultad de tal misión, porque ese vacío de lo que se nos va es la forma de su ausencia, y esta forma, en el presente caso, ha sido, precisamente, modelada por una vida modelo. El estudio fue la ocupación preferente del hombre que vengo a reemplazar. Su admiración por los creadores de nuestra Sociedad le orientó hacia la Historia y las doctrinas políticas, mientras que la generosidad de sus sentimientos, un gran amor al pueblo, una profunda simpatía por los económicamente débiles, le interesó por los problemas políticos, económicos y sociales. Por esto mismo, porque en sus ideas habían cristalizado limpios y diáfanos sus propios sentimientos, porque eran ideas tan pensadas como sentidas, vivió auténticamente para ellas, y

(*) Publicado por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Prensa Castellana, sesión del 16 de diciembre de 1952, pp. 5-38.

fue así el destino de su vida un continuo y desinteresado esfuerzo por realizarlas. Había, efectivamente, en él un raro y poco frecuente equilibrio entre el hombre de estudio y el de acción. He pensado muchas veces en la estrecha afinidad del espíritu tan moderador y equilibrado de Pedregal y esa villa de Avilés que tanto amó. Porque ya en el paisaje de esta hermosa villa asturiana se advierte un sino equilibrado y moderador de extremos. No está a la orilla de un río ni a la orilla del mar, sino donde los extremos se tocan: la ría; y al margen de esas aguas que están entre mar y río un núcleo de población que está en el justo y ponderado equilibrio entre villa y urbe, entre el bullicio de la ciudad y la quietud del campo. Este fue el equilibrio de Pedregal, quien opuso siempre a los extremismos sectarios la tolerancia y centró su ser en el punto exacto y prudente entre el teórico y el agitador, entre el hombre de estudio y el de acción.

Basta para convencerse de ello con destacar algunos rasgos de la obra que fue su propia vida. Como presidente del Instituto de Reformas Sociales, el hombre de estudio y buscador de ideas fomentó la formación de esa biblioteca, hoy de ministerio de Trabajo, que es la más completa de España en su especialidad, y que contribuyó sin duda alguna a la creación de la ciencia y la conciencia social en nuestro país; pero las ideas y los libros no eran para él más que lo que deben ser: estímulos para una acción meditada; y así, en aquel mismo cargo contribuyó también a poner los fundamentos de una política social que le ha sobrevivido y es hoy orgullo de España. Como ministro y como diputado defendió siempre al pueblo en sus derechos y libertades; pero enemigo de todos los excesos, provengan de abajo o de arriba, encontró en sí mismo, en su propio equilibrio y moderación, la figura de ese Poder moderador que articuló en su discurso de ingreso en esta casa, y en el que acaso veía plasmado el mismo equilibrio de su espíritu inspirado a su pueblo. Y así fue don José Manuel Pedregal estudioso, prudente y rectilíneo en cuantas actuaciones intervino como presidente del Consejo de Estado y de la Junta de Pensiones, como Vicepresidente de la Sociedad de Naciones, etcétera, etc., y finalmente como miembro de esta Academia, cuya labor conocéis mejor que yo. En discursos, folletos y artículos de revista que no es mi misión enumerar, está lo que pensó, y lo que pensó fue lo que hizo o se esforzó por hacer; porque Pedregal fue el hombre que con su obra, cuidadosamente estudiada y meditada, modeló su propia vida.

Su ideología, como la de su maestro y antecesor don Gumersindo de Azcárate se basaba en una filosofía social de gran abolengo europeo, la cual consideraba a la Sociedad como organizada por leyes racionales, lo mismo que la Naturaleza; a la Justicia fundada en un Derecho natural, y a la Economía gobernada por sus propias leyes, naturales también. Por esto mismo, al componer mi discurso en una época que parece contradecir los fundamentos de aquella ideología; en una época donde el Estado se considera tan omnipotente que pretende ignorar los límites impuestos por la naturaleza misma de las cosas, he pensado que el mayor homenaje a mis antecesores era ordenar mis preocupaciones; digo preocupaciones y no ideas, porque no puedo aspirar a tanto, en torno al tema de la dependencia entre lo natural, lo social y lo económico.

Y con esto, señores, académicos, paso a cumplir el trámite difícil de leeros mi discurso, que lleva precisamente por título: *Naturaleza, Sociedad y Economía*.

1. CONSIDERACIONES PREVIAS

1.1. *Las dos características de los hechos económicos*

Durante mucho tiempo se consideró que el objeto de la Ciencia Económica, el objeto de su conocimiento, era la riqueza. Pero la riqueza es un producto del trabajo humano, una creación del hombre, y por esto mismo el elemento esencial de la vida económica y de la ciencia que la estudia no es la riqueza, sino el hombre. Él la produce primero y la consume después. En la vida y en la Ciencia económicas el hombre es el principio y el fin.

Ahora bien: el hombre es un ser natural y social; vive en la Naturaleza y en la sociedad, dos aspectos del ser humano que se proyectan sobre su vida económica e imprimen en ella un doble carácter. Muchas necesidades económicas las impone al hombre el ser natural que hay en él, su constitución orgánica, como la alimentación, la respiración, etc.; y si de la Naturaleza proceden las necesidades vitales, del medio natural en que el hombre vive provienen originariamente los medios que la satisfacen. El ser social que es también el hombre explica la influencia que la Historia, la Sociedad, ejercen sobre todas las actividades humanas, y por tanto, sobre la económica.

Todos los hechos económicos tienen un doble carácter natural y social. La Naturaleza misma en que vive el hombre económico tiene tanto de producto histórico-social como de creación originaria: los yacimientos mineros, aunque fijos desde la creación, solo existen para el hombre a medida que los va descubriendo; al fomentar las plantas y animales útiles y perseguir los dañinos modifica el hombre la flora y fauna de las regiones que habita: bosques, praderías, cultivos, etcétera, dan el colorido a las perspectivas naturales y nos muestran cómo lo que es riqueza en el granero fue belleza en un paisaje. El mundo natural con que se enfrenta una época determinada depende del grado en que por su ciencia lo conoce y por su técnica lo domina. La Naturaleza, con mayúscula, tiene además de su Historia Natural su Historia Universal.

La Economía es un campo de investigación que linda con la Naturaleza y con la Historia. Pero entre estos territorios, que están fuera de los límites de la Ciencia Económica, y el acotado por ésta, hay zonas intermedias mal conocidas, poco investigadas por estar fuera de las jurisdicciones científicas tradicionales. Señores académicos: puesto que voy a intentar conducirlos a esas regiones, debo adelantarme a confesaros, para no pecar de inmodesto, que si a través de mi vida he sentido la atracción de esos territorios poco explorados todavía, es por haberme impuesto sus preocupaciones un espíritu acaso más aventurero que científico.

1.2. *Una división aristotélica*

Decía Aristóteles, que hay dos modos de adquirir riqueza: uno natural y otro antinatural. Al conjunto de actividades encaminadas a la adqui-

sición natural lo denominaba *οικονομία* (economía), y, al conjunto de aquellas otras dirigidas a la adquisición no natural *χρηματιστική* (crematística). «Todo objeto poseído –dice– es susceptible de dos usos; uno y otro se refieren a él, aunque de manera diferente, pues uno corresponde propiamente al objeto, y el otro, no» (*Política*, libro V, cap. 11). El calzado, por ejemplo –y el ejemplo es del mismo filósofo– sirve para calzarse y además para cambiarlo por otras cosas o venderlo; el primero es el uso propio, natural, y cae dentro de la «oikonomia», mientras que el segundo no es natural y corresponde a la «crematística». Aristóteles da todavía otra característica distinta de esas dos actividades. En la «oikonomia» aristotélica, además de natural, todo es limitado: los bienes naturales son limitados y –añadimos nosotros– las necesidades naturales también, pues como decía Adam Smith «el deseo de alimentos está limitado por la capacidad del estómago humano...» (*Riqueza de las naciones*, libro I, cap. 11, parte II). En la crematística, por el contrario, además de artificial todo es ilimitado, pues si el deseo de frutos, de bienes naturales, puede ser satisfecho hasta la saciedad, la apetencia por ese bien, crematístico por excelencia, el dinero, es insaciable, y –añadimos también nosotros– las necesidades artificiales que crea: distinción, lujo, etc., no tienen límite tampoco, como decía, asimismo, Smith a continuación del texto citado: «el deseo de alimentos está limitado, etc...; pero el deseo de adornos, de carruajes, de muebles no puede tener límite».

Se advierte inmediatamente que si la «oikonomia» de Aristóteles es actividad en gran parte natural, la crematística lo es exclusivamente social, pues las relaciones de cambio en que interviene el dinero suponen, sin duda alguna, la existencia de una organización social relativamente avanzada en su desenvolvimiento. Se puede afirmar, por lo tanto, que la limitación es lo que la Naturaleza impone a la Economía y la ilimitación el horizonte de posibilidades que la Sociedad le abre.

2. NATURALEZA Y ECONOMÍA

2.1. Armonías económicas naturales

La Naturaleza impone al hombre las limitaciones y escaseces de muchas de las cosas que precisa, pero hay al mismo tiempo ciertas armonías económicas naturales que ajustan las necesidades a los medios que pueden remediarlas.

Entre la abundancia o limitación de las cosas que la Naturaleza suministra al hombre, y la importancia o urgencia de las necesidades que éste puede satisfacer con ellas, existe una conexión natural, necesaria, que no ha sido advertida.

Si fijamos nuestra atención en estas tres cosas indispensables para nuestro organismo: aire, agua y alimento, advertimos que mientras el aire es un bien libre que se encuentra en todas partes, el agua hay que ir a buscarla a la fuente y el alimento solo se consigue con un esfuerzo mayor. Como el ahogo, la falta de aire, es mucho más angustioso que la sed y la sed más apremiante que el hambre, resulta que mientras el esfuerzo para

conseguir ciertos bienes aumenta, la intensidad de la necesidad que satisfacen disminuye. Si ampliásemos esa escala, el hecho indicado parecería con más claridad. Aire, agua, trigo, oro, etc., están en orden creciente en cuanto al esfuerzo y decreciente en cuanto a la necesidad; el oro ya no satisface ninguna necesidad vital. Pero como el valor económico de una cosa depende en el fondo del sacrificio impuesto por su adquisición, se desprende de lo anterior que la escala de los valores económicos aparece invertida con respecto a la de los valores vitales. ¿Será esto un puro azar o tendrá el hecho alguna raíz profunda? Creemos que la tiene, y además que por ella se engranan los hechos económicos en cierto ordenamiento natural del mundo que nos hace pensar en un más allá de la Economía, donde las leyes de ésta se enraizan, acaso, en condiciones y principios cósmicos.

Consideremos, en efecto, este hecho: El organismo animal, y por tanto el humano, es, como ente físico, una máquina térmica que produce energía de la oxidación de los materiales combustibles contenidos en los alimentos. Este motor de combustión necesita aire continuamente, y ha de tenerlo en todo momento a su disposición; de lo contrario se pararía, perecería. ¿Puede concebirse un mundo donde, como en éste se trabaja para comer, se trabajase para respirar; donde, como aquí se gana el pan, se tuviese que ganar el aliento? El aire tuvo que ser un bien libre, mientras que el alimento no es absolutamente necesario que lo sea. El ente natural que somos no sería viable si la urgencia de las necesidades que la vida impone no coincidiese con la abundancia de las cosas aptas para remediarlas. En relación con este hecho podemos, razonablemente, suponer que si el número atómico de un elemento químico es un índice de su rareza natural, entonces los más necesarios deberán estar entre los primeros de la escala o clasificación periódica. Una observación atenta de esta clasificación parece comprobar de manera notable esta hipótesis, pues al principio están aquellos que se destacan como *necesarios* y al final como *raros*. Si consideramos estos cuatro cuerpos tan necesarios para la vida: aire, agua, sal común, carbono, vemos que sus elementos componentes: hidrógeno, carbono, nitrógeno, oxígeno, sodio y cloro ocupan los lugares 1, 6, 7, 8, 11 y 17. El hierro es el número 26; el oro, el 79, y el «radium», el 88, en el grupo final, grupo al que se denomina, en perfecta conexión con el curso de nuestra idea, tierras raras. Es muy posible, aunque no puedo fundar la afirmación en ningún dato concreto, que si se ordenasen los elementos químicos componentes del organismo humano por la cantidad en que entran en él, o siguiendo algún otro criterio objetivo indicador de en qué medida son necesarios, esta escala vital tendría un paralelismo notable con la escala atómica.

Ahora podemos comprender la razón, el fundamento postulado al comienzo de estas consideraciones. Puesto que las cosas más abundantes valen económicamente menos que las escasas, en relación, como es natural con la necesidad que satisfacen, aun descontado el elemento histórico o social que hay incluso en las necesidades alimenticias del hombre, parece lógico considerar como fundado en su articulación con el ordenamiento natural del mundo el que el valor vital de las cosas aumen-

te en el sentido de su abundancia, es decir, en sentido opuesto al *valor económico* de las mismas.

Sería erróneo creer que las consideraciones anteriores tienen un interés meramente teórico o especulativo, que son una pura diversión intelectual, un simple juego de ideas más o menos ingenioso. No. La conclusión a que nos han conducido, esa inversión de la escala económica con respecto a la escala vital, se acusa muy claramente en algunas características de la organización económica moderna, responsable de graves desajustes y perturbaciones; porque la producción se orienta por los valores económicos, por la solvencia monetaria de la demanda y no por las necesidades más importantes, lo que condujo a muchos países a crear un equipo productivo hipertrofiado en aquel sentido, y que por esto mismo no puede satisfacer las necesidades más apremiantes y vitales del pueblo que lo posee.

2.2. La evolución económica como parte de la evolución natural

Si las necesidades naturales tuvieron que ajustarse a las limitaciones de la materia que llena el espacio, los actos y movimientos que se desenvuelven en el tiempo, toda actividad necesaria, imprescindible, vital, hubo de ajustarse también al tiempo mismo requerido para su realización. Todos los entes naturales pueden clasificarse según su conexión con el tiempo; porque unos, los minerales, tienen una existencia meramente espacial, atemporal, pues aunque experimenten transformaciones que se desenvuelven en el tiempo, éstas no son más que fases accidentales y transitorias para pasar a otras formas estables y atemporales de nuevo; en cambio para otros seres, como los vegetales y animales, crecimiento y envejecimiento, aniquilamiento y generación, son fases de su propio ser que se suceden en el tiempo consustancial con su existencia misma. Pero todo cambio supone una fuerza, una energía que lo promueve; pues bien: todos los seres vivos, sin excepción, sacan su energía física de la combustión del carbono. Cuando nos preocupó en otra ocasión este mismo tema, aventuramos la idea de que la gran bifurcación natural de los seres vivos en vegetales y animales tuvo algo, aunque parezca mentira, de carácter económico, pues dependió del modo de abastecerse del carbono indispensable para la vida. Porque unos, los vegetales, dispusieron de una sustancia; la clorofila, que les permitió sacar el carbono de la atmósfera, y este alimento fue para ellos un bien libre; como el aire mismo estaba en todas partes, y pudieron vivir sin moverse, clavados y fijos en un paraje; los animales, en cambio, tuvieron otro destino: no dispusieron de ese mecanismo fisiológico que permitía el abastecimiento atmosférico de su alimento principal, y para lograrlo tuvieron que moverse y esforzarse. No pudieron «vivir del aire». Pero la necesidad de alimentos no es inaplazable, como la respiración; admite alguna *espera*, permite disponer de algún tiempo para hallarlos. Esta espera ha tenido una importancia enorme en el desenvolvimiento de la vida, porque si la gran bifurcación entre lo vegetal y lo animal la produjo el que el animal *se tuvo que mover*, la otra, entre lo animal y lo humano, provino de que el hombre *supo esperar*. En vez de dedicar su actividad a la busca directa de alimentos aprovechó la espera que permiten para aumentar su posibilidad de hallarlos; en vez de contentarse, en sus excursiones de pesca, con los peces encon-

trados al azar en las orillas, hizo la caña, la red y la canoa, y en lugar de limitarse a los hallazgos casuales de sus correrías de caza ingenió trampas, lazos, asechanzas, etc., que aumentaron su abastecimiento y desarrollaron su inteligencia, la cual, como se ve, aunque sea hoy el órgano de convencer, ha nacido para engañar.

La caña, la canoa, el arma, todos los útiles de que se valió y se vale el hombre no son cosas consumibles, no satisfacen directamente las necesidades; pero el tiempo y el esfuerzo empleados en su fabricación constituyen una actividad indirecta que llegará algún día al consumo por el rodeo de esas etapas previas que hacen mucho más productivo el esfuerzo, aunque alargan la espera por el producto final dispuesto para ser consumido. Gracias a esto el hombre tuvo hachas que aumentaron el poder de sus manos, palancas que multiplicaron la fuerza de sus brazos, arcos y flechas que extendieron el alcance de sus medios de defensa y de ataque, con lo cual fue dominando al mismo tiempo que conociendo, la Naturaleza. A veces un útil, un artefacto, sirve solo para fabricar otro, y se intercalan así nuevas fases, nuevos rodeos y alargamientos de esos procesos que dieron al hombre, porque supo esperar, su poder y su saber, transformándolo en *homo faber*, primero, y *homo sapiens*, después. Aún hoy, el progreso de un pueblo, el económico al menos, íntimamente ligado, sin duda, a los demás, se estima por el grado de su industrialización, es decir, por el número y longitud de los procesos productivos indirectos donde se acumula todo el trabajo en sus fases de espera antes de llegar al consumo. Esa acumulación es, como se sabe, lo que se llama *capital real*, y por formarse renunciando a las necesidades presentes en beneficio de las futuras, a la función productiva que realiza la denominó Senior «abstención»; pero con objeto de quitar las reminiscencias morales del vocablo y ajustarlo mejor a la función que designa, lo sustituyó Marshall por el más exacto de «waiting», es decir, «espera».

El hombre se hizo hombre porque supo esperar: a eso debe su sociabilidad, su racionalidad y su religiosidad. Veamos cómo y por qué.

3. EL TRÁNSITO DE LA NATURALEZA

El tiempo no es un fenómeno natural uniforme, idéntico, único; hay realmente dos tiempos naturales, uno reversible y otro irreversible. El primero es el tiempo de la vida animal, que si bien transcurre en un ciclo temporal desde el nacimiento hasta la muerte, este tiempo es un retorno eterno de los mismos ciclos, de idénticos actos, de idénticos seres. Por eso el animal no tiene historia, no tiene pasado ni futuro, en él todo es uno y lo mismo. El tiempo del hombre, por el contrario, es esencialmente irreversible; el pasado pasa para siempre sin que jamás retorne, pues aunque en la historia humana se adviertan retornos de ciclos culturales, solo ciertas formas se repiten, nunca los contenidos. (Digamos de pasada que la idea «nietzscheana» del «eterno retorno» supone la reversibilidad del tiempo humano.) El destino enfrentó al hombre con un tiempo irreversible, y este hecho influyó decisivamente en la formación de la sociabilidad, racionalidad y religiosidad.

Veamos primero cómo la espera, la acumulación para el futuro está, en efecto, relacionada íntimamente con el fenómeno de la sociabilidad. El hecho puede observarse en los animales mismos, pues los que acumulan reservas, como las hormigas y las abejas, viven en grupos bien organizados. La explicación parece clara. Toda acumulación o reserva duradera que sobrepase los límites de la existencia individual se hace para la descendencia, de la que proviene sin duda el estímulo; es decir; no solo supone la existencia de un grupo familiar o más extenso, sino que, además, le da cohesión en el presente (la reserva es un bien común) y estabilidad, para el futuro (la reserva previene contra riesgos). Además, con la acumulación comenzó, probablemente la organización del grupo, la división de tareas, pues quien trabaja para aumentar las reservas necesita ser alimentado por quien procura las cosas para el consumo inmediato. La primera división del trabajo en la sociedad humana, pudo haber sido entre quien fabrica la flecha y el arco y quien los emplea. Pero las sociedades animales son esencial y fundamentalmente distintas de las humanas, porque en aquellas el tiempo es reversible, hacen siempre lo mismo y en idéntica forma, mientras que el hombre, además de reservas, acumula experiencia y con ella, con el pasado, modifica continuamente el futuro. Esta experiencia enseña, además, entre otras cosas, las ventajas de las acumulaciones más duraderas, y por eso el hombre las prolonga hacia futuros cada vez más remotos. Una flecha, un instrumento, dura varios años; una casa, varias generaciones; un camino, acaso todo un ciclo histórico. Pero si una flecha la puede hacer un hombre solo, una casa requiere la colaboración de un grupo y un camino la de una agrupación de pueblos. A medida que se extiende el horizonte futuro del trabajo presente, el grupo social aumenta en magnitud y progresa en organización.

Y, ¿qué es lo que el hombre organiza? Organiza el mundo en que vive. Este mundo del hombre es una consecuencia de su destino, de haber hecho irreversible el tiempo en que transcurre su vida y su historia. Porque si el pasado no vuelve, se recuerda, revive en la mente como un conjunto de interpretaciones humanas de lo que ha acontecido ya, transmitidas por los antecesores inmediatos, y con estas interpretaciones, normas de conducta, modos de actuación fundados en ellas. Este conjunto de interpretaciones y modos de actuar, que valen para el presente y para orientarse en el futuro, este conjunto de vigencias, como dice Ortega, forman un todo unitario, y ese todo es lo que llamamos mundo en una época determinada.

¿Qué relación tiene ese mundo creado por el hombre con el natural creado por Dios? La contestación es difícil porque lo que llamamos mundo natural es también un conjunto de interpretaciones vigentes, dentro del sistema unitario de las mismas. Hemos dicho anteriormente que la naturaleza en que vive el hombre tiene tanto de producto histórico-social como de creación originaria, porque el mundo natural con que se enfrenta el hombre de una época depende del grado con que por su ciencia la conoce y por su técnica la domina; es decir, que la Naturaleza tiene, además de su Historia Natural, su Historia Universal. Sin embargo, se puede distinguir y caracterizar lo que es creación del hombre de lo que ha sido dado por el Creador.

El mundo natural se caracteriza, como hemos visto ya, por las limitaciones que al hombre impone. La cantidad de piedra que existe en la Naturaleza es, prácticamente, infinita; pero cuando el hombre necesita grandes cantidades, para recintos amurallados, edificaciones, obras hidráulicas, etc., a medida que necesita más tiene que traerla de parajes más distantes, o extraerla de capas más profundas, es decir, la limitación de la más asequible impone la llamada «ley del rendimiento decreciente» al trabajo de conseguirla. Lo mismo ocurre con las tierras de labor: a medida que la población crece hay que extender el cultivo a los suelos más distantes o menos fértiles, imponiéndose aquella misma ley, como consecuencia de la limitación de las tierras mejores o más cercanas. Pero como el hombre supo fabricar instrumentos para actuar más eficazmente sobre la Naturaleza, y como estos instrumentos se fueron mejorando y perfeccionando, resulta que si lo no creado por el hombre le proporciona medios progresivamente inferiores, lo que es creación suya le suministra instrumentos cada vez mejores. El economista americano Carey criticó la ley del rendimiento decreciente, o mejor dicho, la teoría del economista Ricardo, de la extensión progresiva del cultivo de las tierras mejores- a las peores, pues la verdad, para Carey, era justamente lo contrario, verdad fundada, a su juicio, en las leyes universales y naturales del progreso. «Aquí también –dice– hay otra prueba de la universalidad de las leyes naturales, al ser el destino del hombre, con respecto a la tierra, el mismo que tiene con respecto a los instrumentos... Comenzando siempre con las hachas más toscas, progresa hacia las de acero; comenzando siempre con los suelos más pobres, progresa hacia los más fértiles, que producen mayor rendimiento a su trabajo... » (H. G. Carey: *Principios de Ciencia social*. Prefacio). Aunque en América hubiese sido así la conquista agrícola del suelo, es necesario tener en cuenta que si allí se cultivaron antes los suelos más pobres fue porque los más fértiles requerían obras de roturación y saneamiento costosas e instrumentos de cultivo más eficaces; es decir, todo lo que es resultado de la técnica. Además mientras las tierras mejores no escasearon, como ocurría en América cuando Carey escribía, no pudo apreciar la ley del rendimiento decreciente, que es, como sabemos, consecuencia de la limitación o escasez de tierras de primera calidad. Carey confunde el elemento social de la técnica con el natural; la técnica, en efecto, en tanto que avanza con la Historia, con el progreso social, hace rendir cada vez más al trabajo, a causa de sus perfeccionamientos ilimitados; pero en tanto que depende de la Naturaleza, le hace rendir cada vez menos a causa de las limitaciones que ésta impone. La ley universal que aquí se muestra no es la indicada por Carey, sino la derivada del doble carácter natural y social que tiene el hombre, a saber: que la Naturaleza le limita y la sociedad le libera.

Le libera de la Naturaleza, superando las limitaciones de ésta; pero esa constante superación le impone un alejamiento, constante también, de aquélla, una sustitución de lo natural por lo artificial, una disolución de la Naturaleza en la sociedad. «Las grandes ciudades» –dice Julián Marías– son enormes ámbitos de asfalto y hormigón, donde el hombre no ve fácilmente nada que sea natural; el campo no penetra en ellas por ningún poro; los objetos que el hombre ve en torno suyo son otros hombres, productos manufacturados o máquinas...» «Hasta tal punto es indirecta la

relación del hombre actual europeo con la Naturaleza, que su contacto normal con ella es lo que se llama *excursión*; es decir, una salida del mundo inmediato y primario, definida por su transitoriedad y totalmente querida y deliberada...» «Repárese en que siempre es la técnica lo que más acusa la índole antinatural del hombre. Este nos aparece segregado de la Naturaleza, cada vez más aislado de ella por las casas, por las ciudades, por los utensilios de todo género. Pero hasta hace bien poco la técnica se limitaba a la producción de formas, a la fabricación de cosas hechas de realidades naturales. La Naturaleza reaparecía en los artefactos, subrepticamente, por su materia. La casa estaba hecha de piedras como las que encontramos en las serranías; los muebles creaban en torno nuestro un remedo del bosque natural, y nuestros trajes de lana nos evocaban fácilmente un remoto pretérito pastoril. Las materias, salvo excepciones contadísimas y, en definitiva, elementales –los metales que no se encuentran en estado nativo, el vidrio, el papel–, nos devolvían la proximidad a la Naturaleza, oculta solo por las formas artificiales. Pero desde hace unos años se está produciendo inexorablemente la invasión de las materias desconocidas, antinaturales, artificiales ellas también. Adviértase que al comienzo la producción de materias artificiales estaba regida por dos principios conservadores y de limitación: primero, se trataba de sintetizar materias ya existentes en la Naturaleza, pero de obtención difícil o cara; segundo, esta actividad se presentaba como un recurso forzosa «a falta de otra cosa», como sustitutivo o «ersatz»; incluso cuando se lograba una materia realmente nueva –por ejemplo, la seda artificial– aparecía como referida a una natural preexistente, justificada por ella, incluso en su denominación. Hoy no acontece esto en modo alguno; se trata de producir, precisamente, lo que no hay en la Naturaleza: cuerpos nuevos, de propiedades previamente «inventadas», exigidas por ciertas pretenciones del hombre.» (Julián Marías: *Introducción a la Filosofía*, página 36 y siguientes.)

Entre el mundo natural y social hay un anteparalelismo perfecto. Una de las oposiciones más destacadas es la que se advierte entre las limitaciones que la Naturaleza impone y la ilimitación, el horizonte de infinitas posibilidades que el mundo social ofrece. Ya hemos visto al comienzo de este discurso hasta qué punto Aristóteles y Adam Smith indicaron este hecho. Y ¿de dónde proviene esa ilimitación inherente a todo lo social? Repitamos nuestra idea primera: el hombre se hizo hombre porque supo esperar. Por esto acumula su trabajo en provisiones de reservas y de instrumentos para mejorar su situación en el futuro. Ahora bien; desde el momento en que tallando la piedra fabricó la primera hacha, puso en el mundo algo que no existía; existía la piedra, pero no el hacha. Y antes del hacha, y acaso como causa de ella, habría utilizado piedras encontradas al azar que por su forma y dimensiones podían ser empuñadas y manejadas. Pero el acto de empuñar y manejar una piedra, lo mismo que el hacha fabricada, fueron antes de su ejecución proyectos de la mente, ideas de un mundo interior que se fue exteriorizando, y como los proyectos, por ser productos de la imaginación, no tienen límite, el mundo exterior en que se fueron plasmando, tampoco; no fue un cosmos cerrado, sino un horizonte abierto a las infinitas posibilidades imaginativas del hombre, su creador. En este hecho radica el dramático destino humano;

porque si al animal, cualesquiera que sean las circunstancias en que se encuentra, le dice su instinto, le señala, le ordena imperativamente el camino a seguir, el hombre se encuentra a cada instante en el centro de un horizonte de infinitos caminos, y ha de elegir uno, el de su vida futura; ha de elegir su suerte entre los rumbos de la rosa de los vientos, una ruleta donde a cada instante se juega la vida.

Y fue esta ilimitación de posibilidades la que hizo irreversible el tiempo humano. Porque el hombre, al acumular continuamente experiencia, técnica, etc., y transmitir las a través de las generaciones, creó un pasado siempre cambiante y distinto, y así surgió el tiempo del hombre frente al del animal, la más profunda de todas las oposiciones. Frente a la vida de la Naturaleza, donde todo se repite y vuelve, la de la Historia, donde todo perece y pasa, pasar y perecer, que son también ideas humanas, cosas del mundo antinatural, del mundo donde el hombre lo ha creado todo, donde ha de inventar su vida y ha forjado su muerte.

El tiempo invariable e idéntico del animal en que el mismo pasado se repite, hace que la propia individualidad de aquel se disuelva en la de la especie o grupo familiar a que pertenece. El insecto, que al llegar el invierno se afana, antes de morir, por dejar en lugar seguro el germen del nuevo ser que surgirá en la primavera para vivir una vida idéntica a la suya, parece decirnos que ese morir del animal es una idea del hombre ilegítimamente introducida en un ciclo vital donde todo se reproduce en forma idéntica, donde nada se altera ni perece. El caso del hombre es muy distinto. En su tiempo irreversible se altera y perece todo, y esto mismo le obliga a incluir en su vida incierta la idea de una muerte segura. Pero digámoslo por última vez: el hombre se hizo hombre porque supo esperar; si la espera económica, la acumulación de capital aumentó el bienestar de su vida, otra espera más alta le alivió de la angustia de la muerte. Frente al bien económico está el bien sin adjetivo; frente al lucro egoísta, la caridad bienhechora; porque así se vence a la muerte, como se venció a la vida, con una nueva espera que ya es esperanza, o más exactamente, Fe, Esperanza y Caridad.

Y así descubre el hombre el otro mundo, el tercero y definitivo, y así aparece el suyo, donde todo pasa, como un paso también del mundo natural de donde viene al sobrenatural adonde va.

Nos hemos alejado mucho de la Naturaleza y de la Economía. Volvamos a ésta, puesto que es nuestro tema, para considerarla desde otro punto de vista. Habiendo analizado, en una sección anterior, cómo se articula la Economía con el mundo natural, estudiaremos en la siguiente cómo se engrana con el mundo social.

4. SOCIEDAD Y ECONOMÍA

4.1. *El problema*

El mundo social, como hemos dicho antes, siguiendo a Ortega, es un conjunto de vigencias, es decir, normas morales, jurídicas, conocimientos

técnicos, etc. Estas vigencias encuadran la vida social y, por lo mismo, la actividad económica, que es una parte de aquélla. Pero eso plantea una grave cuestión. Porque si la Economía es una ciencia teórica racional, los hechos que estudia están encuadrados, determinados en gran medida, por el medio social, que es un producto del acontecer histórico. ¿Cómo es posible que la realidad económica, realidad cambiante con la Historia, sea sometida a una teoría abstracta, con validez universal? Porque ya lo dijo Rickert (*Ciencia natural* y *Ciencia cultural*): En la Teoría rige la casualidad, y en la Historia, la libertad; los conceptos de la teoría son generales y abstractos, y los de la Historia, particulares y concretos; los juicios de la primera tienen validez universal y los de la segunda valen solo para lo individual y único. ¿Tendremos, pues, que elegir entre considerar a la Economía como un conocimiento abstracto racional, o conjunto de principios y leyes siguiendo la opinión de la escuela clásica, o como un conocimiento histórico, donde no hay más principio que el de la libertad e indeterminación, siguiendo a la escuela histórica? Nuestra opinión es que la Economía es lo uno y lo otro. Salvar la contradicción que esta opinión envuelve es el problema que nos planteamos ahora.

4.2. Historia y racionalidad

El sociólogo alemán Max Weber introdujo como instrumento metodológico para comprender una época histórica lo que denominó «Idealtypus», aplicable a ella. El «Idealtypus» de Weber es una construcción mental, elaborada con los elementos históricos más destacados y característicos de la época estudiada; no se trata de supuestos lógicos que sirvan para explicarla, sino de elementos históricos que sirvan para comprenderla en su unidad concreta; porque para Weber la Historia se puede comprender, no explicar.

Pero esto nos ha sugerido a nosotros la idea de un «Idealtypus» no *histórico*, como es el de Weber, sino *lógico*, un «esquema racional» integrado por determinadas condiciones o supuestos, sacados de la realidad que se pretende explicar, datos impuestos por ella misma y que son las instituciones jurídicas, sociales, etc., que encuadran la realidad en un momento o periodo histórico. Ahora bien: dadme unos supuestos y os daré una teoría absolutamente válida para toda realidad en que aquellos supuestos se cumplen. El «Idealtypus lógico», hacia dentro, es pura racionalidad, pura teoría y hacia afuera, por los supuestos que lo condicionan, se articula con el acontecer del tiempo y es pura Historia.

Un ejemplo: la economía de la ciudad medieval puede describirse así: en la ciudad viven unos artesanos agrupados en gremios que fabrican los artículos industriales para aquella economía. En torno a la ciudad viven unos labradores que la abastecen de alimentos y primeras materias. El agricultor, o cualquier otro que desee un artículo industrial, tiene que acudir al gremio que lo monopoliza. Lo mismo le ocurre al artesano frente a los agricultores de la comarca vecina. En la ciudad medieval se enfrentan, en cada cambio, dos monopolios... El «Idealtypus» lógico de esta economía se basa en el supuesto de que la actividad económica no se desenvuelve en una concurrencia libre, sino encauzada por monopo-

lios bilaterales, y se puede construir sobre ello la Teoría económica de la ciudad medieval. Pero en estas condiciones, como lo demuestra la escuela matemática moderna, no puede haber un precio de equilibrio determinado por las mismas fuerzas económicas. Y como no lo hay tiene que imponerle la autoridad. El «justo precio» es, pues, una institución histórica cuya necesidad podemos deducir teóricamente, racionalmente, hasta matemáticamente, del funcionamiento de la economía propia de la época en que surgió.

Las ideas que acabamos de exponer nos proporcionan una parte de los elementos necesarios para analizar la cuestión de hasta qué punto están sometidos a leyes los fenómenos económicos, en el sentido que dan a la palabra "ley" las ciencias físico-naturales.

Resulta curioso observar que la palabra «ley» se aplicó primero en la realidad social, pasó de aquí a la Naturaleza y retornó después a la sociedad completamente desvirtuada de su prístina significación.

En opinión de los historiadores filólogos que estudiaron la antigüedad griega (Hirzel, Zeller), el gran prestigio que adquirieron las leyes de Solón, en las cuales, con las reformas posteriores, se vio el origen del poder del pueblo ateniense, sobre todo después de vencer a los persas, fue causa del predicamento que tuvo el vocablo «ley» en todo el mundo heleno, y éste hizo que se difundiese por ámbitos muy distintos y se aplicase a hechos diferentes. La expresión «ley de la Naturaleza» la emplearon por vez primera los estoicos, según Zeller. En Lucrecio se encuentra con frecuencia la expresión «leges naturae». Pero así como el prestigio de las leyes de Solón motivó el que la palabra ley pasase a la Naturaleza en la antigüedad griega, el prestigio de las leyes naturales motivó su retorno a la sociedad en los tiempos modernos, con el sentido de determinación causal que en aquéllos tenía.

De este nuevo prestigio adquirido proviene el que con facilidad se otorgue asentimiento a todo lo que se presenta en forma de ley; de donde deriva, sin duda, el éxito de la «ley de bronce» del salario, y que cuando la ley tiene expresión matemática despierte una suprema complacencia, lo que explica sin más la magnitud de éxito de las famosas progresiones «maltusianas».

Ante esta actitud que pretende encadenar la vida social, el acontecer histórico, se pregunta Eucken (Rodolfo): «... lo individual ¿se contentará siempre con un lugar tan modesto..., no opondrá una originalidad irreductible?»; «en la ley... el fenómeno se presenta como plenamente determinado y absolutamente fijo; no hay sitio aquí para la libre decisión...; los dominios todos de la vida ¿se someterán a esto?» (Rudolf Eucken: *Las grandes corrientes del pensamiento contemporáneo*, traducción, 1912, p. 207.)

Pero la causalidad, el determinismo racional, principio lógico fundamental de las leyes naturales, fue minado dentro de su propio reino, la Naturaleza, por el Neovitalismo en la Biología y por la Teoría de los «Quanta» en la misma física. Aquí entra en juego la llamada «entele-

quia» (*εντελεχεια*), término derivado de la filosofía aristotélica para indicar la energía continuada y perenne y que es análoga al salto de magnitud definida, relacionado con la Teoría de los «Quanta». La «entelequia» modifica la velocidad, suspende los efectos de la energía..., es un «acto creador». Con la «entelequia» se explican la imposibilidad de derivar un momento (esto es, un movimiento) del momento (movimiento) precedente. Siendo ella un conjunto de hechos *nuevos* puede aplicársele el principio de indeterminación... Dando lugar a un orden que no puede fijarse *a priori*, no puede adaptarse a las ideas mecánicas propias de la *materialidad*. (Demaria: «Le basi logiche dell'economia dinamica nel clima scientifico odierno». *Giornale degli Economisti*. Nueva serie, números 1 y 2, enero-febrero 1939, pp. 76 y 77.) En consecuencia: también hay en la Naturaleza territorios exentos de la jurisdicción del principio de absoluta determinación lógico-causal, entes rebeldes a la racionalidad teórica, actividades «entelequianas» imprevisibles, indeterminadas.

Advertimos inmediatamente la relación que existe entre la entelequia aristotélica así comprendida y la mónada de Leibnitz. Y si enlazamos esto con el curso de las ideas anteriores vemos que, si la entelequia o mónada es lo uno, lo singular, específico e irracional en la conexión de los fenómenos naturales regidos por leyes lógicas, que lo envuelve, el «Idealtypus» que hemos considerado antes es lo regido por leyes lógicas en la conexión de los fenómenos histórico-sociales, donde impera lo uno, lo específico y lo indeterminado.

Así, pues, tanto en la Naturaleza como en la Historia, se cumplen los dos principios opuestos de lo abstracto y de lo individual; en ambas hay singularidades específicas y leyes racionales, seres y relaciones; ambas son ciencias y «episteme» (en el sentido dado a este vocablo por Zubiri: «Naturaleza, Historia, Dios», p. 67). Naturaleza e Historia significan dos actitudes mentales ante el mundo, cuya diferencia consiste en que cuando lo consideramos como Naturaleza vemos los objetos proyectados hacia dentro, como unos, singulares, individuales (mónadas), y proyectados hacia afuera, engranados por lo racial, por lo general y abstracto, y que cuando lo consideramos como Historia, los objetos se proyectan hacia dentro como entes lógicos, racionales y abstractos («Idealtypus»), y aparecen hacia afuera engranados en lo uno y singular. Naturaleza e Historia no son dos mundos fundados en dos principios que se integran. La diferencia está en cuál es el principio envolvente y cuál es envuelto.

En resumen: como la mónada entelequiana salva al individuo medio ahogado en la inmensidad abstracta de la Ciencia, el «Idealtypus» lógico da vida a lo racional y abstracto en la sociedad, dando aire respirable a ese buzo sumergido en las profundidades de la Historia.

4.3. Análisis económico sociológico

¿Existe una teoría de los procesos históricos reales? Por lo que se refiere a la Economía tenemos, ciertamente, estudios orientados en ese sentido que explican algunos hechos reales del acontecer, del desenvolvimien-

to económico, como la Teoría de los ciclos; pero son conocimientos parciales. No hay, en efecto, una teoría de la historia económica, como no hay tampoco una teoría de la Historia sin adjetivo. Y no la hay porque acaso no la puede haber, pues el que sea posible, o no sea al menos contradictorio, como hemos visto, la existencia de una teoría y de una historia para unos mismos hechos, no quiere decir que ambas se integren en una unidad metódica y sistemática. Cada una tiene su método y su sistema.

Dice Ortega que la Historia no admite teoría, pero sí sistema («Historia como sistema»), es decir, clasificación ordenada de los hechos, de los entes históricos, como la de los naturalistas con respecto a los seres naturales, es decir, según determinadas relaciones analógicas. A nosotros nos ha interesado mucho esta cuestión y hemos intentado reunir, por medio de analogías puramente conceptuales, ciertas formas sociológicas (políticas, económicas, etc.) que parecen encauzar el acontecer histórico o modelar las características de la realidad en una época determinada. Consideremos, por ejemplo, las formas de poder social, sea político, económico, etc., cualquier clase de imposición o dominio dentro de la sociedad. A toda forma de poder o dominio corresponde otra de resistencia u oposición, pues sin ésta no tendría sentido aquél. Ahora bien: tanto el poder positivo como el negativo (oposición o resistencia), puede ser ejercido por uno solo, por unos pocos o por muchos; tenemos, pues, por ambos lados tres formas; democrática, oligárquica y monárquica (en el sentido de poder ejercido por uno solo). Combinando las tres formas de dominio con las tres de resistencia u oposición tendremos el cuadro siguiente con los nueve tipos o formas posibles de presentarse, de actuar el poder social:

FORMAS DE DOMINIO

		PODER DE		
		Muchos	Pocos	Uno
RESISTENCIA DE	Muchos	1	2	3
	Pocos	4	5	6
	Uno	7	8	9

Todas estas formas tienen, o han tenido históricamente, su realidad. La 3, poder de uno frente a muchos, es la dictadura ordinaria; la 2, la oligarquía, ordinaria también; la 4 sería un poder democrático frente a una oligarquía de oposición, unos pocos sindicatos potentes, por ejemplo; la

6 es una forma corriente en la sociedad medieval, a saber: el señor de la ciudad frente a unos gremios potentes; la 5, u oligarquía bilateral, es el caso de esos mismos gremios enfrentados con una oligarquía aristocrática o mercantil, en la Venecia de los Dux, etcétera, etc.

Se habrá advertido ya la identidad analógica entre el cuadro anterior y el establecido por Stackelberg para clasificar las formas del mercado, donde las dos fuerzas que se enfrentan, la oferta y la demanda, pueden adoptar la forma democrática (competencia), oligárquica (oligopolio) o monárquica en el sentido antes indicado (monopolio). Y no solo las fuerzas políticas y las del mercado; probablemente todo cuanto se impone de algún modo en un grupo social procede de fuerzas cuya actuación presenta también las mismas formas descritas y que pueden ordenarse en un cuadro idéntico. La moda, por ejemplo, puede imponerla un gran modisto; un grupo oligárquico de ellos, como los famosos de la «rue de la Paix», o surgir espontánea y democráticamente, como ocurre con la mayor parte de las modas masculinas; y lo mismo ocurre con su admisión o resistencia para la introducción de la moda en un país, que puede ser regulada por un gran modisto nacional o un grupo de ellos; y en una localidad, por una persona distinguida o un pequeño número de ellas. Merece también estudio el hecho de que todas esas formas obedecen a las mismas leyes, en cuanto a su estabilidad o inestabilidad. La autocracia y la democracia son formas estables, y no lo son las formas oligárquicas, como son estables el monopolio y la competencia y no lo son las formas de mercado oligopolíticas, y acaso explique esto el porqué la moda femenina (imposición de oligarquías de modistos) es tan variable y la masculina (espontánea y democrática más que impuesta) tan fija. Y otro hecho que merece también atención es el de la conexión o coincidencia real de las formas análogas, el que la democracia propende a la competencia; la autocracia, al monopolio y regulación de precios, hasta de la vestimenta (camisas negras, uniformes civiles, regulación de la moda, etc.).

Además de estas analogías formales y de las que podrían hallarse por el mismo método para reducir a tipos característicos otros muchos fenómenos sociales, y que podríamos denominar «analogías estáticas» tendríamos las «analogías dinámicas». Porque también los movimientos estacionales (turismo, veraneo, precios, modas), los ciclos cortos (cambios de opinión y turnos de partidos, prosperidad y depresión, etc.), los ciclos largos (clasicismo y barroquismo, ondas económicas largas, etcétera) y la tendencia secular (evolución) son formas dinámicas típicas que adoptan los hechos sociales más diversos, entre los cuales existen también paralelismos coincidentes o «desfasados».

Por este método de las analogías puede descubrirse la articulación, el íntimo engranaje que existe entre Economía y sociedad. Se trata de un método de análisis económico-sociológico que, de estar bien fundado, pudiera ser de gran utilidad en un mundo como el actual, donde la sociedad es cada vez más política, y la política, cada vez más económica.

5. CONCLUSIONES FINALES

Las conclusiones a que hemos llegado en las diversas partes de este trabajo no son meramente especulativas. Si por ser ciertas expresasen

características de la realidad económico-social con que nos enfrentamos, podrían proporcionarnos medios para explicarla y fundamentos para corregirla.

Intentaremos hacer dos aplicaciones de las teorías anteriores. Se refiere una a ciertos desajustes evidentes en la organización económica actual y que son, a nuestro juicio, consecuencia de una de las conclusiones que hemos establecido en la Sección «Naturaleza y Economía». La otra aplicación se refiere al gran problema de la influencia de las nuevas condiciones económicas sobre las formas políticas y que puede ser tratado científicamente con el método de análisis expuesto en la Sección «Sociedad y Economía».

5.1. Los desajustes de la Economía actual

Para poner de manifiesto estos desajustes hemos de sentar el principio, sin duda evidente, de que una organización económica funciona tanto mejor en la misma medida en que encauza los recursos disponibles hacia la satisfacción de las necesidades más importantes sentidas en ella. Pero la importancia de las necesidades la determina el consumo, mientras que el encauzamiento de los recursos lo impone la producción. Por lo tanto, una organización económica funcionará tanto mejor cuanto mejor oriente los recursos la producción hacia las necesidades más importantes para el consumo. ¿Sucede así en la organización económica actual?

Si seguimos el criterio de estimar la importancia de las necesidades por la renta que aplica a ellas el consumidor, tenemos la siguiente escala descendente de gastos:

1. Alimentación.
2. Vivienda.
3. Vestido.
4. Educación e instrucción.
5. Distracciones y otras necesidades.

Como las necesidades más importantes, vitales, son también naturales, la importancia o jerarquía de una necesidad dependerá del grado en que es impuesta por la Naturaleza. La más natural, y por lo mismo más importante, es la alimentación. En la necesidad que satisface la vivienda hay, además del elemento natural de protección y refugio, un elemento social impuesto por nuestras relaciones, el cual va en aumento cuando se pasa de la vivienda al vestido y de éste a la instrucción y educación. Pero porque es el hombre un ser natural y social, las necesidades impuestas por su vida de relación dentro de la sociedad son también, en cierto modo, vitales e imprescindibles, aunque en mucho menor grado que las naturales. El «*primum vivere*» parece justificar suficientemente que el orden jerárquico de las necesidades establecido antes es, en efecto, el que se impone a los hombres como consumidores. ¿Y como productores?... La contestación afirmativa que la lógica pide no es la que los hechos dan. Porque las preferencias del consumo natural no son las de la producción

real; aquél se orienta por los valores vitales y ésta por los económicos. Ahora bien: la conclusión a que llegamos en la Sección 2, Naturaleza y Economía, es que parece lógico considerar como fundado en el ordenamiento natural del mundo el que la escala de los *valores vitales* que determinan el interés del consumo está invertida con respecto a los *valores económicos*, que determinan el interés de la producción. Es decir, que entre la producción y el consumo no hay intereses paralelos. Vamos a destacar con toda claridad este hecho, ese desajuste fundamental de nuestra organización económica.

Hemos de advertir que la inversión mencionada no tendría gran importancia por sí misma si a las causas naturales que la promueven no se sumasen otras sociales que la refuerzan considerablemente. No ocasionaría, en efecto, gran trastorno el que los recursos productivos se orientasen preferentemente hacia los bienes de mayor valor económico, aunque su importancia vital fuese menor, pues las cosas más necesarias son también, como hemos visto, las más abundantes, naturalmente. Pero ocurre que si el valor vital de los bienes lo impone la Naturaleza, su valor económico se forma en la sociedad; depende en gran medida de la estructura social determinada por la distribución de la renta, y esto es causa de que las demandas de bienes hacia las cuales la producción se orienta no provengan estrictamente de necesidades *naturales*, en su puro sentido, sino *solventes*, en sentido monetario. Consecuencia de este hecho es el que una parte de los recursos productivos se destinen a satisfacer lujos, mientras un sector de la población carece de lo necesario para un mínimo nivel de vida. A causa de las desigualdades en la distribución de la riqueza, las clases con rentas bajas no tienen «fuerza económica» para crear las demandas solventes, monetarias, que cubran todas sus necesidades vitales, mientras que las de rentas altas poseen fuerza suficiente para crear demandas y, por tanto, ofertas, vitalmente innecesarias. Podría acaso formularse una ley que expresa, a nuestro juicio, correctamente la relación entre lo económico y lo vital: en la misma medida que la riqueza se concentra, la economía se desvitaliza.

El que la ciencia económica no haya advertido el desajuste que provoca ese proceso de desvitalización se debe a dos conceptos elaborados por ella y que han contribuido a ocultarlo: el concepto de productividad y el de progreso económico.

Para los mercantilistas (siglos XVI y XVII), la actividad más productiva era la de las industrias de exportación. No era ésta una productividad originaria, sino derivada, pues lo que se pretendía, en realidad, con la exportación de productos era la afluencia de oro; con el oro, como ha demostrado Heckscher, elevar los precios para estimular la actividad y el crecimiento de toda la industria del país; el crecimiento de la industria tendría a su vez como efecto el aumento de las rentas de trabajo, y esto, como resultado final, lo que realmente se pretendía, a saber: el crecimiento de la población. El concepto mercantilista de productividad podría expresarse así: Económicamente productivo es lo que, en definitiva, contribuye a producir hombres; la industria es la actividad económica que posee en mayor grado este carácter, pues de la importancia que ella tenga en un

país depende la magnitud de su población. Que era el aumento de ésta lo que verdaderamente se pretendía, y no el «tesoro» de metales preciosos, lo revela bien este pasaje de uno de los mercantilistas más famosos, Davenant (final del siglo XVII): «Los hombres son la verdadera riqueza de un país... España es débil por su penuria de habitantes, a pesar de sus minas de oro y plata.» Pero una gran población necesita alimentos. Sin embargo, esto no preocupaba gran cosa a los mercantilistas, pues pensaban que adquirirlos a cambio de la exportación industrial era ventajoso para el país, desplazando así hacia las colonias y los pueblos no industrializados la actividad agrícola. En resumen, el concepto mercantilista de productividad condujo a montar una gran población sobre una estructura económica puramente industrial, cuya base alimenticia indispensable estaba fuera de los límites del país, en buena parte fuera también de su jurisdicción, y en todo caso extraña totalmente al engranaje sistemático de su organización económica nacional.

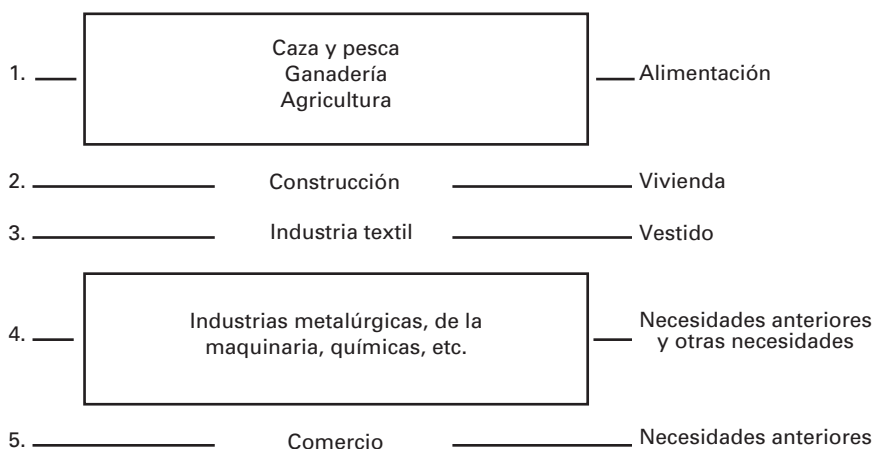
La fisiocracia reaccionó contra todo lo que ese sistema tenía de artificial. Significó, en la Economía, el retorno romántico a la Naturaleza, «muy siglo dieciocho». En la Ciencia Económica se impuso la Agricultura y la Ganadería, como se impusieron en la corte de Versalles los «duques pastores» y las princesas rubenianas que «ornaban con cintas sus blancos corderos». Todo lo esencial había de ser natural. La sociedad era un «ordre naturel et essentiel»; la economía, también; ésta, además, destacó la dependencia, el lazo cósmico que liga el hombre a la Naturaleza, a la tierra, su «mater nutritia». De aquí la idea fisiocrática de productividad, opuesta diametralmente a la mercantilista: solo la Agricultura es productiva; la industria es «estéril». Esta idea, exagerada sin duda como toda reacción, tenía, sin embargo, su fondo de verdad. Los campesinos no solo producen los alimentos que consumen, sino que obtienen además un excedente, un «producto neto» que alimenta al resto de la población, y, por tanto, a los trabajadores industriales. Lo que éstos consumen «no lo producen, lo *ganan*». Pero los fisiócratas expusieron estas evidentes verdades mezcladas con tan graves errores, que al ser descubiertos por sus continuadores, éstos derribaron toda la construcción doctrinal, sin separar, para reconstruir, los materiales aprovechables que había en ella.

Fue Adam Smith quien hizo la primera crítica importante de los errores de la fisiocracia; pero como le pasaron inadvertidos los aciertos, debido a la gran influencia que él ejerció sobre el desenvolvimiento de la Economía, aquéllos quedaron silenciados, definitivamente. Como se sabe, para Smith y todos sus continuadores, hasta hoy, no puede establecerse ninguna diferencia económica entre la productividad de la Agricultura y de la Industria. Si para el fisiócrata solo el cultivador ejerce una actividad productiva, para Smith la ejercen en el mismo grado, en idéntica medida, el labrador que cosecha trigo y el industrial que fabrica alfileres. (La fabricación de alfileres es, precisamente, su ejemplo, ya clásico, para mostrar la gran productividad que la industria debe a la división del trabajo.) Es fácil de observar cómo esta teoría concede idéntica importancia para la producción a cosas que la tienen muy distinta para el consumo; ella coloca en el mismo rango a todas las producciones, sin tener en cuenta la jerarquía vital de los productos. Hemos de decir, sin embargo, en descargo de Smith, que él muestra todavía cierta simpatía fisiocrática hacia la Agricultura, fustigando a veces a las manufacturas. Fue el «smithianismo»

rabioso de sus continuadores quien cerró definitivamente el camino a una gran verdad fisiocrática y lo abrió a un gran error mercantilista, puesto que al considerar productivamente indiferentes la Agricultura y la Industria, ya sin reservas ni vacilaciones, hizo insensible a la apreciación científica cualquier desarmonía existente en una organización económica entre la producción de alimentos y de artículos industriales, es decir, que la supervaloración mercantilista de la industria negada por la teoría se pudo imponer en la práctica como ocurrió, efectivamente. En realidad, el «smithianismo» puro fue una síntesis «hegeliana» entre la tesis mercantilista y la antítesis fisiocrática, conteniendo, en el fondo, lo malo de una y silenciando lo bueno de la otra.

Podemos valorar las doctrinas anteriores sobre la productividad, considerando el cuadro siguiente, que ordena las producciones según las necesidades que satisfacen los productos:

Cuadro 1
ESCALA DE LAS PRODUCCIONES SEGÚN LA IMPORTANCIA
DE LAS NECESIDADES QUE SATISFACEN



No afecta nada a esta clasificación el hecho de que los resultados de algunas producciones se apliquen a necesidades asignadas a otras por el poco volumen de estos productos «transferidos» en relación con el de aquellos que caracterizan el grupo (lana y plantas textiles del grupo alimenticio, etc., etc.).

Si proyectásemos sobre el cuadro anterior los diferentes conceptos de productividad antes expuestos, veríamos que un mercantilista ordenaría las producciones de abajo arriba; un fisiócrata, de arriba abajo, en el orden en que están, pues el grupo agrario-alimenticio sería el único productivo; el industrial, «estéril», y el comercio –según ellos, se entendería una productividad negativa al sustraer del consumo lo que ganan los intermediarios; para un «smithiano», en cambio, después de excluir el comercio y puesto que las profesiones liberales no están incluidas en el

cuadro, pondría todas las producciones al mismo nivel. Si le preguntásemos cómo es posible asignar el mismo rango, con respecto al bienestar, a la producción de alimentos y de alfileres, el «smithiano» respondería que ninguna industria se crea cuando no hay demanda de sus productos ni crece más allá de los límites impuestos por esta demanda, pues el mecanismo de los precios ajusta, a la larga, las ofertas de los productores a las demandas de los consumidores. Sin embargo, esas demandas, como hemos visto antes, no provienen de necesidades *vitales*, sino *solventes*, y aunque esto es ya una fuerza que tiende a desarticular la producción económica del consumo necesario, en una organización que funcione sobre esas bases todavía se sumó a este hecho otro que acabó de dislocar aquella articulación necesaria a toda economía bien ordenada.

El hecho indicado fue una consecuencia de la doctrina del progreso económico introducida por Federico List, teoría puesta en práctica por la política económica de casi todos los países. Como se sabe, List estableció las siguientes etapas del progreso económico: 1, Caza. 2, Pastoreo. 3, Período agrícola. 4, Período agrícola-manufacturero. 5, Período agrícola-manufacturero-comercial. El grado del progreso se estima según el nivel alcanzado por la técnica productiva; pero a medida que la técnica se perfecciona, la especialización se intensifica, y al aumentar la división del trabajo, el cambio, el tráfico, aumenta al mismo ritmo, de donde resulta el gran desarrollo del comercio que caracteriza las fases superiores. Como los progresos técnicos que aporta cada época se incorporan a la organización que proviene de la época anterior, «parece», en efecto, que esas etapas, al indicar los perfeccionamientos en la técnica productiva, en la utilización de los recursos para la satisfacción de las necesidades, suponen, sin más, aumentos del bienestar y significan, por lo tanto, un progreso económico verdadero. Hemos entrecomillado el «parece» porque la realidad es muy distinta, como vamos a ver. List, siguiendo en esto a los mismos clásicos que combate, se ocupa poco de necesidades y satisfacciones, es decir, de bienestar; lo mismo que aquéllos, se preocupa mucho más de la producción que del consumo. Así resultó que, desbordando su propia teoría del equilibrio entre las fuerzas productivas, de un país, valoró más la Industria y el Comercio que la Agricultura, lo cual significó un retorno al mercantilismo, doctrina con la cual tiene List otras muchas afinidades, como el proteccionismo, la importancia de la industria para el crecimiento de la población, etc. Es decir, List estima el progreso económico *mercantilísticamente*. La consecuencia primera de este hecho la revela nuestro cuadro 1, pues se advierte al momento que los periodos de List no son más que los grados de la escala de producciones considerados como etapas del progreso económico, el cual, si fuese cierta esta doctrina, avanzaría siempre en el sentido del consumo innecesario. Parece, sin embargo, muy razonable que ocurra esto, pues todo progreso económico supone, además de un mejoramiento en la satisfacción de las necesidades naturales, un aumento progresivo de las necesidades sociales, y como las primeras son, en cierto modo, limitadas, invariables, por depender de la construcción del organismo humano, el enorme crecimiento de la producción, traído por aquel progreso, tuvo que orientarse hacia las últimas. Ahora bien; el predominio creciente, dentro de una organización económica de la producción dirigida a satisfacer necesidades sociales

sobre la destinada a las naturales, va ligado necesariamente por una ley económica natural a un hecho de la mayor importancia, cuyas causas y consecuencias vamos a examinar.

No se puede dudar, ciertamente, de que los países más adelantados son también los más industrializados y más ricos; pero aun descontando la influencia de la técnica en la producción de artículos alimenticios, queda el hecho indudable de que en los pueblos de mayor progreso económico los superindustrializados, aquellos donde el volumen o el valor de los productos de la Agricultura es solo una fracción pequeña de los de la Industria, la prosperidad fue posible porque quedaban todavía en el mundo otros pueblos *económicamente atrasados* que les suministraban los alimentos. Reaparece aquí la vieja y olvidada idea fisiocrática de que el trabajador de la industria no produce lo que consume. No puede producirlo porque, aunque pertenece a un país que está en la vanguardia del progreso económico, lo que se consideró como paso hacia adelante en el orden de la producción era un paso hacia atrás en la escala del consumo.

La raíz profunda de este hecho nos la descubre un análisis más atento del cuadro 1 en que se ordenan las producciones. Siguiendo el mismo orden en que allí aparecen, desde la caza y la pesca a las industrias más perfeccionadas y mecanizadas, los artificios técnicos complican los procesos productivos con numerosas fases intermedias en las que solo se obtienen artículos semifabricados, de donde parten nuevas etapas y rodeos que cada vez alargan más el ciclo productivo, la trayectoria que ha de recorrer un bien desde su arranque de la Naturaleza como materia prima, hasta su llegada al consumo como artículo terminado y dispuesto para satisfacer una necesidad, alejada también de las puramente naturales o vitales. Esto, que es lo característico de la producción capitalista moderna, crea una estructura económica desvinculada progresivamente de la Naturaleza, y además desvinculada doblemente: por el lado de la producción y por el del consumo.

Si examinamos más atentamente esa estructura económica, advertimos que los trabajadores empleados en aquellos largos y complicados procesos productivos, o sea la mayoría de la población trabajadora de los países muy industrializados, obtienen unas remuneraciones que provienen de la venta final de productos de la Industria, mientras que se gastan, en su mayor parte, en productos de la Agricultura (el obrero emplea más del 50 por 100 de su renta en alimentos). Es indudable, sin embargo, que ciertos procesos industriales se enlazan con los agrarios, aumentando el rendimiento de éstos, como ocurre con la fabricación de fertilizantes y de maquinaria agrícola. Precisemos este hecho. Cuando el resultado final de uno de estos largos y complicados rodeos productivos es, por ejemplo, un arado de vertedera, podemos estar seguros de que si lo adquiere un labrador es porque piensa, con razón, que su producción agraria aumentará, por lo menos en cantidad suficiente para pagar con este aumento el coste en que incurre, coste integrado por las rentas o remuneraciones de los agentes que han contribuido a fabricar el instrumento; es decir, el valor del arado se *amortiza alimenticiamente*. En cambio, si el resultado del proceso, o de los procesos productivos, es un coche-cama, una cafetera «express», etc., etc. (muchísimos etcéteras),

entonces no hay «amortización agraria», y en este caso se crean rentas, como antes, pero no los alimentos en que ha de gastarse la mayor parte de ellas. Que el enorme crecimiento de la industria moderna se desenvolvió en el sentido de las rentas «no alimenticias» es algo que puede demostrarse con todo rigor, por ser una consecuencia de dos leyes económicas naturales y opuestas: una que rige a la Agricultura y otra a la Industria. La Agricultura está sometida a la ley del rendimiento decreciente; como lo que se invierte en ella rinde cada vez menos, las inversiones tienen un límite necesario, pues cuando se sobrepasa no rinden lo que cuestan. En la Industria ocurre exactamente lo contrario por regirle la ley del rendimiento creciente. La consecuencia de esto es que las inversiones en la Agricultura tienen un fuerte freno natural, y en la Industria un fuerte estímulo, natural también. El desarrollo enorme de la industria tuvo que ser, por lo tanto, en el sentido de las rentas, sin fundamento agrario dentro de la organización productiva que las creaba. Ahora bien; el crecimiento de la industria va ligado, a través de las rentas que proporciona, de la demanda de trabajo y del alto nivel de vida de los pueblos industriales, a un crecimiento paralelo de la población, como habían demostrado ya los mercantilistas. Esta teoría fue el fundamento de una política. La teoría es cierta sin restricciones, y la política, gravemente errónea sin ellas. Consecuencia de ello fue el desarrollo, a un ritmo sin precedentes en la Historia, de la población de algunos países europeos durante el periodo contemporáneo; población montada sobre una estructura económica que creaba rentas de trabajo sin base alimenticia. Pero mientras actuaba en las mentes la renovada política mercantilista de industrializar para poblar (y fortalecerse militarmente), actuaba en la realidad la olvidada verdad fisiocrática de que el trabajo de la industria no produce lo que consume. Hemos de ver ahora cómo este hecho modeló el último periodo de la historia europea, cerrado ya hacia el pasado y abierto todavía al porvenir.

Que dentro de una organización económica es indispensable, una industria muy desarrollada es algo tan evidente que resulta un puro desatino negarlo, pues los productos industriales contribuyen en tal forma al bienestar, que son ya, más que necesarios, imprescindibles. No se puede vivir hoy sin ellos; tampoco se puede vivir con ellos solos. Tan absurdo es negar la importancia de la industria como creer posible una organización económica donde aquélla permita el crecimiento de la población fuera de los límites impuestos por su base agraria. Sin embargo, la verdad de esto depende de lo que se entienda por «organización», como vamos a ver.

Adam Smith, aunque cometió un error de principio, tenía razón dentro de los límites de la organización cosmopolita y librecambista que se forjó en su mente, modelo que se impuso luego a la economía inglesa, porque el crecimiento de la población y de la industria metropolitanas estaba articulado dentro de una organización mundial, cuya base agraria era el mundo entero, o al menos todas las zonas accesibles al tráfico de sus barcos mercantes y al poder de sus barcos de guerra. Y aunque parezca mentira, las mismas razones que justifican a Smith dentro de sus límites, justifican también a su adversario List dentro de los suyos, porque su idea del progreso económico no es cierta como principio absoluto o universal; pero dentro de una organización económica nacional el rendi-

miento de las fuerzas productivas progresa, sin duda alguna, en el sentido de la industrialización, en tanto que el aumento de población que ocasiona no rebasa los límites de su base natural. En cuanto los traspasa necesita un «espacio vital», necesita integrarse ineludiblemente con países coloniales o económicamente *atrasados* que le suministren la base natural que le falta. Alcanzado este punto, no puede, con lógica cabal, ser considerado como progreso lo que se funda en que algo inherente a la organización no pueda progresar.

Era ésta, ciertamente, la situación de muchos países europeos antes de 1914. Necesitaban primeras materias para su industria y alimentos para su población. Pero era todavía la industria lo que ocupaba el primer plano de la atención; la competencia internacional actuaba buscando materias primas para fabricar y mercados para lo fabricado. La contienda del 14 fue la guerra industrial. Pero después, la presión de la superpoblación en los países rápidamente industrializados perfiló la idea de la organización económica completa, el «espacio vital», que suministrará tanto materias primas para la industria como alimentos para la población. La Agricultura era ya tan importante como la Industria. La guerra del 39 fue tan agraria como industrial. Lo que se ventilaba, en el fondo, era la creación de los «espacios políticos» que habían de encuadrar aquellas organizaciones económicas completas. Por esto mismo la guerra última fue aparentemente más política que económica. Lo que antes estaba reservado a una revolución interior, el derrumbamiento de un régimen político, fue entonces realizado por una guerra exterior.

Siempre fue arriesgada empresa anticipar el porvenir, pero es casi siempre posible conocer las premisas de que arranca, porque pertenecen al presente, y deducir de ellas el esquema racional que se impondría al desenvolvimiento posterior si los azares imprevisibles de la Historia o las regulaciones de una política consciente no desviasen o corrigiesen la trayectoria de aquel curso lógico. Por eso, dentro de las limitaciones indicadas, puede afirmarse que si la idea mercantilista del crecimiento de la población fundado en la industria continúa vigente y si se sigue considerando esto como progreso económico, cuando los países todavía agrarios, económicamente atrasados, progresen, en un tiempo no muy lejano, y siguiendo una evolución normal, tendremos la contienda no industrial ni industrial y agraria, sino agraria exclusivamente. No se peleará por el petróleo, el carbón o el hierro, sino por las patatas, los garbanzos y las judías.

Y después de esta aplicación a la realidad económica de nuestro estudio sobre Naturaleza y Economía, vamos a terminar indicando brevemente una aplicación posible del otro estudio sobre Sociedad y Economía a un problema muy actual también.

5.2. Influencia de las nuevas condiciones económicas sobre las formas políticas

Entre los innumerables problemas que nuestra época nos plantea se destaca, por su interés teórico y su importancia real, el de saber si las formas de intervención económica, que por todas partes se intensifican y

extienden a nuevos sectores, en tanto que limitan las libertades económicas, han de limitar también las políticas. En la literatura económico-política actual encontramos diversas y contradictorias opiniones sobre esta importante cuestión, por deducirse todas de credos políticos y no de fundamentos objetivos e imparciales. Creemos que el método, verdaderamente científico, de tratar este problema podría ser la teoría general que expusimos sobre la analogía entre las formas de mercado y de poder, entre los tipos del poder económico y del político. No debe pensarse que la analogía de las formas entraña una dependencia rígida entre ellas, que las formas análogas en teoría son necesariamente coincidentes en la realidad. Nosotros solo hemos establecido su dependencia formal, puramente abstracta, y que de ésta puede deducirse cierta tendencia a que en la realidad coincidan. Pero esa tendencia puede ser más o menos rígida, y esto es esencial. Aclaremos esta idea. Cuando el Estado decide acotar determinados sectores económicos para regularlos a su voluntad, sería erróneo decir, sin más, que se afecta con ello a la libertad. Se comprende, en efecto, que para ésta no es lo mismo un «se prohíbe entrar» que un «se prohíbe salir», pues el aire y la vida libres quedan siempre fuera; porque tras recintos enverjados viven el privilegiado y el preso, el que está por encima y por debajo de la libertad. Es evidente, sin embargo, que cuando lo acotado extiende su área reduce el espacio libre, y como todo poder tiene a concentrar jurisdicciones, aun siendo meramente económico, si es fuerte, será también político, y viceversa. Es decir, entre las formas análogas extremas hay siempre, a más de analogía, coincidencia, hay siempre una dependencia rígida; entre las moderadas, aunque haya, sin duda, dependencia, es, lógicamente, menos rígida. Se deduce de esto que una autocracia política no puede ser muy favorable para una gran libertad económica, pero no que sea incompatible con ella, sino más bien que los grados que gana aquel poder los pierde esta libertad.

La Historia comprueba, en efecto, las afirmaciones anteriores, pues si en los tiempos recientes han ido unidas las fuertes autocracias políticas y las economías totalitarias, otras autocracias han concurrido siempre con economías libres. La misma experiencia inglesa actual refuerza la idea de que esa dependencia, aunque sea real, no es tan rígida que no permita coordinar prudentemente la intervención –necesaria en muchos casos– con la libertad, indispensable siempre.

